

MILTON ROSSEL

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

P O C A S veces se ha dado en nuestras letras un ejemplo de mayor identificación entre el hombre y su obra como en Joaquín Edwards Bello. La vieja y ya manida expresión de que a través del estilo encontramos la esencia humana del creador, adquiere en el caso de nuestro novelista y cronista el valor de lo verdadero e indiscutible. No tomamos la palabra estilo en su acepción corriente de forma de expresarse como aislada del contenido que se desea transmitir. Existe una adecuación entre la interioridad del ser y la comunicación que hace él a través de las oraciones. Puede el escritor poner toda su voluntad en la selección y ordenación de las palabras con el fin de ornamentar su expresión. Pero siempre, no distante todo ese artificio que significa ese trabajo de enriquecimiento, vibra oculta el alma del creador.

En Joaquín Edwards Bello es patente el hombre en toda su escritura a través de su larga e incansable labor en la novela y la crónica. Y si a ello agregamos que por su extroversión congénita nunca dejó de revelar sus peripecias y evocar constantemente su vida en los aspectos más íntimos de su personalidad, tenemos que concluir que el mejor conocimiento de Joaquín Edwards Bello en su plenitud humana, lo encontramos en sus obras y artículos. Bien podríamos decir que entintó su pluma en su propia sangre.

La vida y obra de nuestro escritor desbordan toda lógica, incluso se extralimitan de lo normal. Resulta poco menos que imposible trazar el retrato anímico de Joaquín Edwards Bello con rasgos precisos que den un perfil exacto de su carácter. Por muy agudo y persistente que sea el enfoque que hagamos de él siempre hallaremos matices que se nos escapan. Si nos valiéramos de recursos pictóricos tendríamos que recurrir a un Greco, a un Velázquez y también a un Goya, el de los caprichos. Acaso este vocablo *capricho* nos aproxime a una

definición del autor de *El Roto*, si damos a este vocablo su acepción de ingenio que rompe todas las reglas, que un deseo vehemente lo aguijona y que para él no hay otra norma que el antojo. Apasionado, violento, contradictorio, sarcástico, jugador, con su pluma en ristre para acometer a enemigos visibles e invisibles. Si éste es un anverso de su imagen, tenemos también el reverso en que se nos muestra sentimental, bondadoso, gran señor, exaltado por ansias de justicia y de un patriotismo auténtico.

Su vida trashumante e inquietado por que nada del saber humano escapara a su conocimiento había también en él un remanso que transparentaba la profundidad y variedad de su saber. Un gran estudioso como muy bien lo demuestra su riquísimo archivo de recortes sobre los más variados temas.

Compleja la personalidad de Joaquín Edwards Bello. Condiciones de gran hombre la suya para encararse con la adversidad y como si su misma forma de morir pudiera considerarse la de una huida, como la de un forajido que escapa de la prisión en que estaba; nosotros consideramos que fue la suya una actitud varonil, un acto consciente de gran voluntad al saberse humanamente inutilizado. Hay que haber sido muy hombre esa mañana del 18 de febrero para renunciar a la vida sin vacilaciones, con un balazo certero en la boca...

NOTA:

Cuando se disponía a entregar a la imprenta el material del presente número de ATENEA, murió Milton Rossel en la madrugada del 1º de mayo, víctima de un síncope cardíaco.

Extrañamente dejó inconclusa esta nota editorial y, con ella, una

obra y una vida a la que tanto debe la Universidad de Concepción.

ATENEA dedicará próximamente el homenaje reconocido al que fuera su Director en el plazo de los últimos catorce años.